Tres entrevistas

Por Víctor FLORES OLEA

1. SERGE MALLET

A pesar de que es uno de los investigadores más notables del *Institut d'Hautes Études Pratiques,* Serge Mallet (36 años) es el polo opuesto del intelectual académico y universitario francés. Como formación y como modales: espontaneidad sobre todo, sin sombra del inconfundible remilgo de quienes se dedican a la cátedra. De una familia mitad obrera mitad campesina de la Gironde, Mallet es un antiguo militante socialista y sindicalista, desde los tiempos de la resistencia. En la C.G.T. formó parte durante varios años de la comisión nacional de cultura, encargado de hacer funcionar los cine-clubs de las empresas controladas por esa organización obrera. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial ingresó al P. C. F.; sin embargo, pronto surgieron las primeras polémicas con la dirección: en 1953, como simple militante de base, Mallet pasa a la oposición y forma parte del comité de redacción de la revista *Voies Nouvelles,* inspirada en las posiciones del Partido Comunista italiano.

Pero los momentos de crisis aguda del militante Mallet se presentarán más tarde: primero en octubre de 1956, cuando el asunto de Hungría; y sobre todo después, en mayo de 1958, cuando frente al golpe de Estado de los militares y "ultras" de Argelia y la solución "de Gaulle", la izquierda tradicional francesa no tiene nada que oponer ni proponer en cambio. Mallet percibe que la política rígidamente sectaria del P. C. F., y sus vacuas consignas divorciadas de la realidad, están destinadas al fracaso y conducen indefectiblemente a una parálisis alarmante de la clase obrera. ¿Por qué? Mallet cuenta que después de la huelga frustrada de fines de mayo de 1958, convocada por el P. C. para detener el fascismo que amenaza a la nación, vuelve a su casa como intoxicado por la impotencia y la desilusión, y en 15 días afiebrados, casi sin comer ni dormir, escribe dos largos ensayos que le publicará Sartre en *Les Temps Modernes.* En estos ensayos —*Pour une programme de l'opposition*— Mallet analiza las profundas modificaciones que ha sufrido en los últimos años el capitalismo francés y europeo, explica el advenimiento del gaullismo por la estructura de ese "nuevo" capital, y señala las líneas generales de lo que debe ser la táctica y la estrategia de una izquierda operante, eficaz, consciente y vigilante de las realidades que definen la sociedad actual. En verdad, el tema central de Mallet es el de las perspectivas revolucionarias del proletariado de Occidente, en un sistema económico y político que ha sufrido grandes transformaciones y que tiene muy poco que ver con el liberalismo clásico. Desde entonces, Mallet distribuye su tiempo entre la militancia (es uno de los fundadores del P. S. U.), el periodismo político (en la redacción de *France Observateur*) y sus tareas de investigador y escritor. El último de sus libros: *La nouvelle classe ouvriere* (1963) es un análisis sociológico fundamental sobre las relaciones sociales y humanas condicionadas por la tecnología moderna.

En esta entrevista, Serge Mallet nos expone sintéticamente algunas de las ideas claves que comienzan a abrirse paso entre los más inteligentes representantes de la izquierda europea. Por mi parte, estoy convencido que muy pronto integrarán el *leit motiv* de los esfuerzos revolucionarios y socialistas de la clase obrera occidental y de sus partidos políticos.

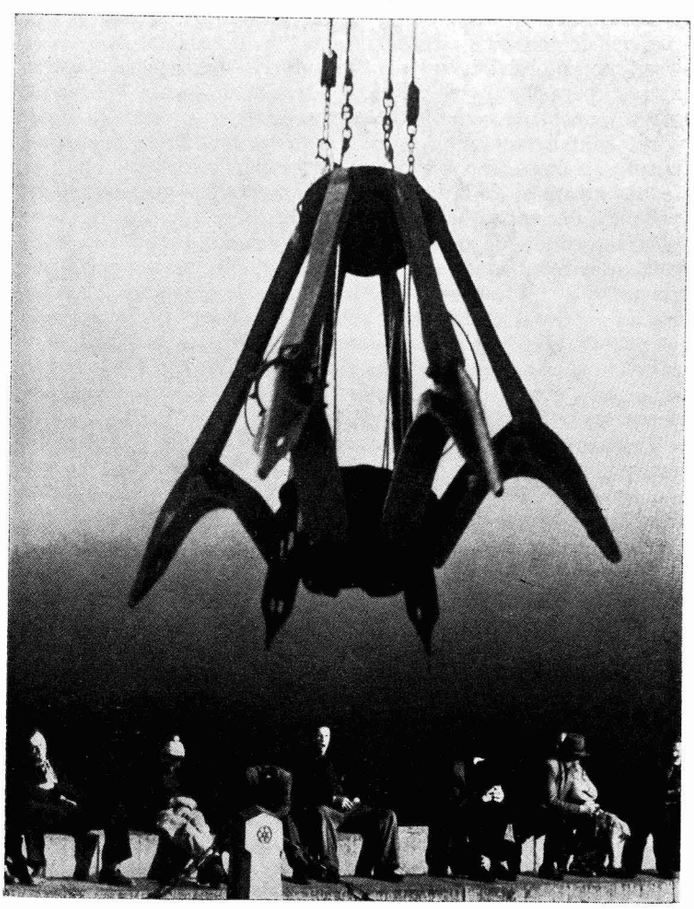
V. F. O.: *¿A su manera de ver, cuáles son los rasgos esenciales del llamado "neocapitalismo"?*

MALLET: El neocapitalismo moderno tiene una serie de elementos comunes; solamente que en los Estados Unidos presenta modalidades que no me interesa subrayar ahora. Me referiré en cambio a su estructura esencial europea. En Europa, el neocapitalismo, en síntesis, es un compuesto de capitalismo de Estado y de gran capital tecnocrático privado — que se caracteriza por la intervención económica del Estado, la sujeción completa del capitalismo industrial al capital financiero, la planificación relativa de la producción, una clase obrera integrada al ciclo de la producción y del consumo, y, sobre todo, por el hecho de que un cuerpo cada vez mayor de *managers* ha desplazado de los centros de decisión a los *propietarios* del capital. Habría que añadir que el poder del Estado, y su estabilidad y permanencia, queda asegurado por los tecnócratas económico-políticos del capital financiero.

El capitalismo liberal y clásico, en el estado presente del desarrollo económico y técnico, ha sido incapaz de resolver las más graves contradicciones del sistema: el problema de las crisis, de la sobreproducción, de la desocupación, etcétera; por eso ha tenido la necesidad de transformarse y evolucionar. Ahora bien, en el seno mismo del sistema han ido surgiendo fuerzas sociales directamente interesadas en esas modificaciones sustanciales del capitalismo tradicional. ¿Cuáles son esas fuerzas? En primer lugar la tecnocracia, en segundo lugar el Estado y los capitalistas "avanzados", en tercer lugar la propia clase obrera. ¿De qué medios se han valido para operar dichos cambios? De una serie de técnicas tomadas de prestado del socialismo: grandes nacionalizaciones, control centralizado del crédito, planificación relativa de la producción e incluso del consumo, inversiones directas del Estado. No debemos olvidar que en la mayoría de los países de Europa occidental la casi totalidad de las grandes industrias y de los servicios públicos: transportes, energía eléctrica, petróleo, etcétera, se hayan en manos del Estado.

V. F. O.: *¿Lo anterior significa que en su opinión el neocapitalismo refuerza la estructura del régimen capitalista?*

MALLET: No lo refuerza, simplemente abre la posibilidad de que funcione más "normalmente", al eliminar en buena medida la gravedad de las crisis del capitalismo "clásico". Pero al mismo tiempo —y esto es lo decisivo—, el neocapitalismo zapa las bases del propio sistema, destruye indirectamente sus propios fundamentos. En primer lugar, porque crea condiciones socioló-



"Compuesto de capitalismo de Estado y de gran capital tecnocrático privado"

gicas nuevas: *a*) desarrollo masivo del sector de los asalariados; *b*) desaparición de las actividades libres en las clases medias, con la consiguiente reducción de las profesiones liberales; *c*) crea un clima de progreso y desarrollo permanente, y esto último es de la máxima importancia. En este tiempo, los asalariados viven en la convicción de que el bienestar y los niveles de vida deben aumentar continuamente (la propaganda del neocapitalismo ha contribuido a difundir esa creencia), al mismo tiempo que desaparece el miedo a las crisis y a la desocupación. El sector de los asalariados piensa que es el Estado, y nadie más, a quien le corresponde realizar esas tareas de beneficio social y prosperidad permanente, y que es el único calificado para regular la economía; de ahí que haya una profunda desconfianza generalizada en el capital privado y en su capacidad para sostener a ritmos satisfactorios la expansión económica. Estos hechos psicológicos reveladores de la nueva situación tampoco son nada despreciables.

V. F. O.: *¿Quiere decir que en el neocapitalismo el capital privado ha pasado a segundo término y que nos encontramos frente a un proceso de "estatización" creciente de la economía?*

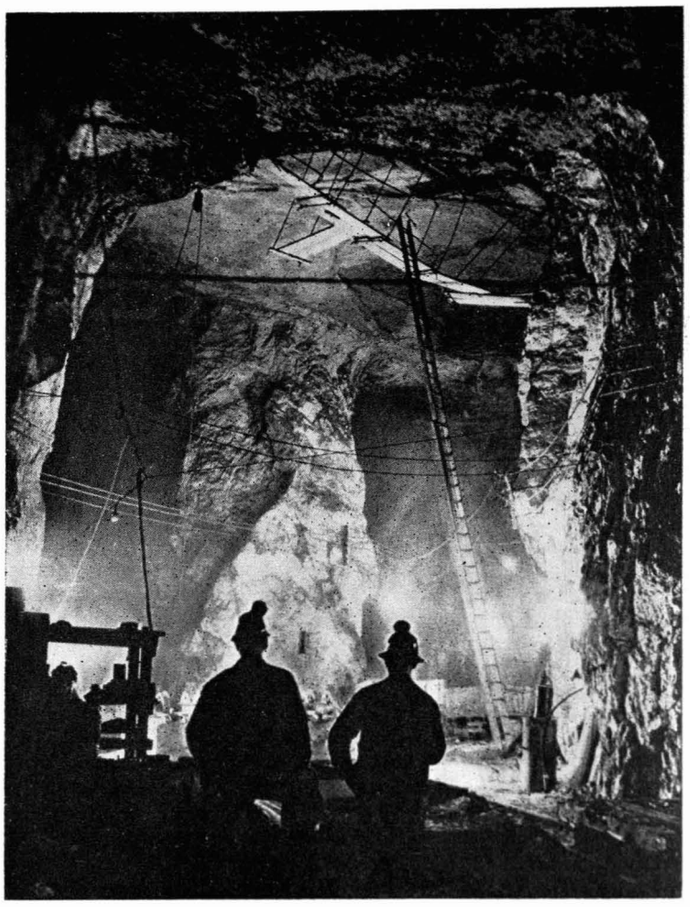
MALLET: El neocapitalismo es un sistema típico de compromiso. En conjunto beneficia al capital privado (con importantes limitaciones), pero al mismo tiempo abre las puertas a una "socialización" cada vez mayor de la economía. En Francia, por ejemplo, el Estado ha intervenido eficazmente en diversas ramas de la industria, a veces incluso frenando la producción y, por contragolpe, limitando las ganancias. El mercado del automóvil es una buena muestra: durante un tiempo la fábrica de automóviles Renault estuvo produciendo un 35% de unidades excedentes a la capacidad de absorción del mercado; entonces el Estado intervino (entre otras cosas recortando los créditos) y obligando a la fábrica a disminuir su producción. Naturalmente, esto se hace a costa de una empresa, pero indirectamente se favorece a otras (canalizando el crédito hacia ellas). Por lo demás, las bancas nacionalizadas francesas se interesan de manera creciente por otras actividades económicas que las industriales: la agricultura, el comercio, el turismo, etcétera, lo que ha dado lugar a una comprensión general de las ganancias y a una ampliación considerable del capitalismo de Estado. Sin embargo, esta orientación global del sistema produce una serie de consecuencias sociales de la máxima importancia: la "integración" de los obreros a las empresas, el fortalecimiento del aparato administrativo y del sector tecnocrático, con la consiguiente centralización del poder político, reducción de las libertades individuales, control de las clases asalariadas por centros de decisión que les son fundamentalmente "extraños", y, sobre todo, porque se mantiene intacto el sistema de explotación de unos hombres por otros.

V. F. O.: *¿Esto significa que el neocapitalismo plantea, por una parte, el problema de la restructuración política del Estado, y por la otra la exigencia de nuevas tácticas de lucha proletaria?*

MALLET: Exactamente. El Estado-gendarme, y la democracia burguesa y parlamentaria fueron la consecuencia obligada del capitalismo clásico de libre empresa. El Estado se concretaba a vigilar el funcionamiento "natural" de las leyes del mercado. En cambio, un Estado determinado por el neocapitalismo —como el actual Estado francés—, implica necesariamente una fuerte centralización del poder, la desaparación de la democracia parlamentaria y la disminución relativa de la importancia de los partidos en la vida pública. La concentración de poderes queda en manos de la tecnocracia; pero no hay que pensar que un Estado tecnócrata se confunde con un Estado fascista. En primer lugar, porque este último aparece en condiciones históricas muy precisas (una profunda crisis económica acompañada de una desocupación masiva); en segundo lugar, el Estado fascista se organiza con base en una sujeción militarizada de las clases asalariadas, y en especial de la clase obrera. En cambio, un gobierno de tecnócratas —como el del general De Gaulle—, es más flexible hacia el proletariado de lo que han sido incluso los gobiernos burgueses tradicionales en Francia. En las huelgas mineras del año pasado, la policía ni disparó, ni golpeó, ni impuso sanciones, ni desencadenó represalias contra los mineros huelguistas. En cambio, podríamos citar decenas de casos en que los gobiernos de la III y de la IV República tomaron medidas directas de represión contra el proletariado.

V. F. O.: *¿A qué atribuye usted ese cambio de actitud? Porque es claro que no se trata del mayor rango "moral" de los actuales gobernantes . . .*

MALLET: Por supuesto que no; en realidad hay poderosas razones objetivas que han hecho indispensable un cambio en los



"sostener a ritmo satisfactorio la expansión económica"

métodos de gobierno. El Estado actual *necesita* de los técnicos y de los obreros, la integración al sistema de las clases asalariadas; de ahí que su actitud sea distinta. Además, en el neocapitalismo —es decir, en un capitalismo extraordinariamente desarrollado— se ha modificado radicalmente el "valor" de los obreros en el proceso productivo. La composición orgánica del capital es otra: el capital variable disminuye en favor del capital constante (el capital variable apenas representa del 6 al 8% del capital total). Esto quiere decir que hoy una huelga tiene consecuencias amplificadas, que no tenía ayer. En Francia, un obrero petrolero utiliza cada día en su trabajo 75 mil nuevos francos de capital invertido, lo que significa que la clase en el poder está obligada a ser muy "sensible" a las demandas del proletariado, y a abandonar muchas de sus armas tradicionales, como los paros y la desocupación impuesta. Y lo que es más importante: la huelga se ha convertido en un gigantesco medio de presión en manos de los obreros, hasta el punto de que éstos tienen hoy la mayor oportunidad de su historia para hacerse oír, para imponer sus puntos de vista, para lograr conquistas que no soñaron en el pasado. Es verdad que la ganancia sigue siendo el móvil principal del neocapitalismo, pero la cuestión es que esa voluntad subjetiva está en contradicción con la realidad actual: la socialización de los medios de producción, la intervención del Estado, los medios de presión obrera. El moderno capital no tiene más remedio que limitar sus ganancias y aceptar a su costa la satisfacción de muchas exigencias colectivas.

V. F. O.: *Este panorama presenta en mi opinión una alternativa bien definida: o la revolución socialista ha dejado de ser para el proletariado una necesidad inaplazable, en vista de la "prosperidad" creciente que asegura el neocapitalismo, o bien dicha revolución sigue constituyendo la exigencia radical de la clase obrera, pero por otras razones que las de la pauperización absoluta. ¿Cuál es su punto de vista sobre el particular?*

MALLET: Mi respuesta es clara: la revolución socialista constituye también ahora la misión histórica decisiva del proletariado. Sólo que el motor concreto de la revolución no es ya la miseria en aumento de las clases asalariadas, como se sostenía en una época, sino el hecho de que el nuevo capital, pese al relativo bienestar que asegura, sigue constituyendo un sistema opresivo y enajenante para el hombre; tal vez más duro e inhumano que en el pasado. Pero lo importante es que el problema de la revolución en nuestro tiempo *debe* plantearse en forma distinta de como se hacía hace algunas décadas. Antes, las luchas por la revolución se fundaban en una creencia sólida-

mente establecida: el carácter inminente y fatal del derrumbe del capitalismo, presa de sus propias contradicciones internas. Hoy en cambio debemos abandonar esas ilusiones catastrofistas. El neocapitalismo —la historia de los Estados Unidos y de Europa es la mejor prueba—, tiene la capacidad suficiente para asegurar sin graves tropiezos la expansión de las fuerzas productivas, y para mantener en sus manos el control del aparato económico, industrial y político. Ahora bien, la clase obrera debe aprovechar a su favor la peculiar estructura del neocapitalismo y formular una estrategia y una táctica de lucha adecuadas a la vida moderna de la sociedad occidental.

V. F. O.: *¿Y cuáles serían los principios que, según usted, deben informar el proceso revolucionario en los países altamente desarrollados?*

MALLET: Todavía tienen un carácter provisional y fragmentario, pero he podido ya formular algunas ideas sobre el tema. Afirmaba que, desde el punto de vista estrictamente económico, el neocapitalismo representa un sistema de compromiso y transición entre el capitalismo clásico y el socialismo. Pero junto a esas fórmulas "socializantes" de la economía, nos encontramos con que el aparato político y la estructura del poder siguen siendo netamente capitalistas. Pero ¿cómo actuar frente a esa realidad? Tradicionalmente, el problema de la revolución ha sido el problema de la toma del poder por la clase obrera —la dictadura del proletariado—, para desde ahí operar las necesarias transformaciones económicas. La revolución debía realizarse en dos tiempos: *a*) control proletario del Estado y *b*) colectivización de los medios de producción, planificación y desarrollo socialista de la economía, eliminación del mercado, etcétera. Hoy, en mi opinión, el camino debe ser el inverso: en primer lugar, realización de la democracia económica por la clase obrera, y control por la misma de los órganos de decisión del sistema, por medio de la autogestión y la participación en el "gobierno" de los centros de planificación, de financiamiento, de distribución, etcétera, y sólo después, en un segundo momento, control del aparato político y del Estado. Y es que en las condiciones actuales es infinitamente más realista luchar por la gestión del aparato económico que por la toma del poder político; casi diría que este segundo propósito, cuando absorbe todos los esfuerzos de los partidos revolucionarios, se inscribe dentro de esas peligrosas "utopías" que han terminado en muchas ocasiones por neutralizar la combatividad de la clase obrera. Antes, se distinguía tajantemente entre luchas a corto plazo y a largo plazo, entre luchas económicas y luchas políticas. Ahora, en cambio, hay que darse cuenta de que las luchas económicas son también políticas, que hay un cambio de cantidad a calidad en cada movilización de la clase obrera. En otras palabras: aquí y ahora se puede luchar por el socialismo, porque cada batalla del proletariado es ya inmediatamente una batalla por la revolución. Las huelgas, por ejemplo, no tienen un carácter exclusivamente económico, sino que lo tienen también político. La huelga de los mineros en Francia, el año pasado, no se proponía solamente lograr reivindicaciones económicas sino, en verdad, modificar una serie de relaciones y dependencias entre la industria del carbón y la industria química, al mismo tiempo que conquistar formas de representación obrera que significaban un avance neto en el camino de la democracia.

El objetivo fundamental del proletariado, en el momento presente, consiste en participar en la gestión del aparato económico: en los órganos de decisión y control de las empresas nacionalizadas, en las instituciones de planificación, de financiamiento y de crédito, en la concepción y ejecución de los presupuestos del Estado; lo que se persigue es cambiar la vieja estructura burocrática de los ministerios, con el fin de que los representantes del proletariado, aquí y ahora, formen parte de los organismos técnicos que regulan la vida económica de un país moderno. No necesito subrayar el enorme avance democrático y socialista que significarían estas conquistas. Por eso afirmaba que la lucha por el socialismo es una tarea a corto plazo, y que no debe paralizarnos la dificultad de tomar en lo inmediato el aparato del poder político del Estado. En realidad, muchos de los problemas de la izquierda europea, en los últimos tiempos, se han debido a posturas de este tipo, sectarias e inadmisibles.

V. F. O.: *¿Este análisis del capitalismo y, sobre todo, de la perspectiva revolucionaria apuntada por usted, es algo exclusivo de ciertos sectores de la izquierda francesa o coinciden también otras fuerzas revolucionarias del continente?*

MALLET: En Francia, el P.S.U., el ala izquierda del S.F.I.O. y algunos de los sindicatos más importantes luchan ya por hacer triunfar estas posiciones. Pero en toda Europa hay fuerzas coincidentes: en Italia, el Partido Comunista y la fracción de izquierda del Partido Socialista; en Bélgica, la izquierda sindical; en Alemania, los más grandes sindicatos (los de las industrias química y siderúrgica). Pero sobre todo debemos subrayar el caso del Partido Laborista inglés, dirigido ahora por Wilson, que además de sostener un programa político de los más avanzados y lúcidos de la moderna izquierda europea, tiene grandes posibilidades de triunfar en las próximas elecciones; también Wilson se propone lograr la participación obrera en la gestión del aparato económico de Inglaterra. Pero lo más importante es que comienza a formarse una izquierda continental con un programa revolucionario común, porque ésta es la única forma de *contestar* eficazmente los intereses de un neocapitalismo y de una economía de monopolios que se ha organizado, a través del Mercado Común, a nivel continental.

V. F. O.: *¿Estas tesis expuestas por usted, y que sostienen muchos de los hombres de la moderna izquierda europea, encuentran oposición entre otros partidos y grupos de izquierda, particularmente entre los partidos comunistas?*

MALLET: Sí, y la mayor controversia —que por lo demás comienza a ventilarse públicamente, lo cual es también un avance— se ha suscitado con los partidos comunistas de corte staliniano. El P.C. italiano, como dije, es la excepción. La doctrina revolucionaria de Lenin es clara: 1º) dictadura del proletariado, es decir, control del Estado por la clase obrera; 2º) transformaciones socialistas de la economía. Lo que pasa es que los partidos comunistas tradicionales siguen aferrados mecánicamente a dicha tesis leninista, sin percibir que el marxismo —y de ahí su eficacia— es una teoría profundamente realista que no puede anquilosarse en fórmulas fijas e inmutables. Si Lenin viviera de seguro habría cambiado muchas de sus proposiciones concretas, por la sencilla razón de que el mundo es hoy distinto del mundo que vivió Lenin. Para nosotros, la estructura del neocapitalismo y la relación actual de fuerzas impiden que sigamos soñando en una conquista del poder político desde las barricadas. La situación es otra, y hay que aprovecharla como venga, con lucidez y audacia, y sobre todo sin desmovilizar al proletariado. Por eso decía que la lucha por el socialismo, en este tiempo, no puede dividirse en las dos etapas de la clásica fórmula leninista; hoy lo primero es luchar por el control del aparato económico, y sólo después por el dominio del Estado.

Es verdad que las nacionalizaciones siguen siendo fundamentales para el proletariado. Pero no bastan: lo que se persigue es la ingerencia y la gestión obrera en el cuadro de esas nacionalizaciones, su voz y su voto en las decisiones de los centros de poder económico. En la actualidad, en Francia, entre el 35% y el 50% de la gran industria está en manos del Estado, pero sin gestión ni control obreros; nuestro objetivo actual consiste justamente en hacer posible que las organizaciones proletarias participen en la "dirección" de las industrias nacionalizadas. A primera vista esto pudiera parecer una reivindicación puramente económica; en realidad es una conquista política de primera magnitud: un paso decisivo hacia el socialismo. En nuestro tiempo es el único camino de acercarnos a la liberación humana y humanista con la que soñaba Marx. Lo demás es continuar luchando con fantasmas, y el camino más seguro para llevar a la derrota al proletariado.

2. ANDRÉ GORZ

En el prólogo-presentación a *Le traître* (1958), el primer libro de André Gorz, escribió Sartre: "La inteligencia de Gorz nos asombra desde el primer momento: es una de las más ágiles y agudas que conozco; es preciso que haya tenido una gran necesidad de ese instrumento para afinarlo tanto." En ese libro, a los 32 años y siendo prácticamente un desconocido, Gorz, mitad judío, mitad austriaco, mitad suizo, tuvo la audacia de narrar en más de 300 páginas apretadas, a veces contradictorias, siempre brillantes, testimonio de una lucidez casi enfermiza, la historia de la constitución de su *Ser*, de la conquista del derecho a llamarse a sí mismo en la primera persona del singular: *Yo*. Aun a riesgo de que la circunstancia haga demasiado pedante el término, me atrevo a decir que *Le traître* es una autobiografía *ontológica*, que quizá no tiene paralelo en la historia de la literatura occidental. Con una soltura poco común, Gorz utiliza simultáneamente los hilos del marxismo, del psicoanálisis, de la fenomenología, para reconstruir la trama de su existencia pasada, para aclararnos la historia de "ese tipo delgado, el ojo y el